

# HOMILÍAS POPULARES

SOBRE

## LOS EVANGELIOS DE CADA DOMINGO DEL AÑO

---

### HOMILÍA SOBRE EL EVANGELIO DEL PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

(LUC, XXI, 25, 33.)

**Cuadro del último juicio; cuan útil y saludable es el recuerdo  
del juicio final.**

**TEXTO:** *Et erunt signa in sole, et luna, et stellis.* Habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas.

**EXORDIO.** Hermanos míos, entramos hoy en el santo tiempo del Adviento, tiempo de misericordia y de preparación al nacimiento de nuestro Salvador, misterio de amor, como el que más. Y hé aquí, sin embargo, el Evangelio del día de hoy!... « En aquel tiempo, dijo Jesucristo, habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas; y en la tierra los pueblos se hallarán consternados por el pavor, que les causará el ruido confuso del mar y de sus olas. Los hombres se consumirán de espanto con la expectación de los males, que han de sobrevenir al universo; pues las Virtudes del cielo temblarán sobre sus quicios. Y entonces se verá al Hijo del Hombre, viniendo sobre una nube con gran pompa y majestad. En cuanto á vosotros, cuando estas cosas comiencen á



suceder, levantad vuestras cabezas y mirad á lo alto, pues que será señal de que se aproxima el tiempo de vuestra redencion. Y les hizo esta comparacion : Considerad la higuera y los demás árboles : cuando comienzan á echar su fruto, conocéis que el verano se acerca. Del mismo modo, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que esta cercano el reino de Dios. En verdad os digo, no pasará esta generacion sin que estas cosas se cumplan. El cielo y la tierra pasarán, pero mi palabra no pasará... »

— ¿ Porqué, pues, al principio del Adviento, en este tiempo, que no sólo da comienzo al año eclesiástico, sino que, como decía, es sobre todo un tiempo de preparacion al mas dulce y tierno de los misterios, al nacimiento de nuestro Salvador ; por qué nos recuerda la Iglesia ese dia terrible del juicio final ? ¿ Para qué este aparato de justicia en un tiempo, en que todo nos invita á confiar nos al amor, adorando la misericordia ? Ah ! del mismo modo que una buena madre, que teme ver á sus hijos abusar de los favores, que les son concedidos, parece la Iglesia decirnos : « Hé aquí un tiempo de gracia y de salud. Luego van á abrirse los cielos, para dar á la tierra el Relentor desde tanto tiempo esperado ; dentro pocos dias celebraréis el gran aniversario del nacimiento del Salvador ; pero, pensando en la misericordia, guardaos de olvidar la justicia. Él que en el pobre establo de Belen tenderá á vosotros sus brazos y sonreirá con tanto amor, es el mismo, que en el dia del juicio descenderá sobre la tierra, y con ojeada terrible, como el rayo, herirá á los pecadores !... »

PROPOSICION Y DIVISION. Para que entréis en este pensamiento de la Iglesia y respondáis á sus piadosas intenciones : propón-gome explicaros, en *primer lugar* y con pocas palabras, lo que será este juicio final, y *luego* cuan útil y saludable es el pensamiento de dicho juicio.

*Primera parte:* El juicio final ! oh amados hermanos míos, ¿ cómo daros una idea de este día terrible ?... Estoy buscando una imágen, una comparacion, que pueda servirme para hacer entender mi pensamiento, y cuantas encuentro me parecen incompletas. Quizás algunos de vosotros hayan presenciado alguna de esas

sesiones solemnes, que de tanto en tanto celebran los tribunales de la justicia humana. En una vasta sala véense congregados muchos jueces, sentados en elevado estrado ; numerosa muchedumbre los rodea ; trátase una causa de pena capital... De repente aparece el reo, sacado del calabozo y conducido al banquillo de los acusados. Las miradas de todos se fijan con avidez sobre él, el cual aparece pálido, cárdeno, vacilante, sin poder apenas tenerse en pié ; la turbacion se refleja en su rostro ; es un asesino, un paricida, á quien va á imponerse el condigno castigo de su crimen. Comparecen los acusadores, los testigos hacen sus deposiciones ; los detalles de ingratitud, de crueldad y perfidia son horribles ; ninguna circunstancia se omite. ¡ Desdichado ! vése forzado á devorar toda la amargura de la vergüenza y de la infamia !... Mas para qué acusadores, para qué testigos ! A qué los sofismas de una defensa inútil y engañosa ? ¿ No reparais en sus ojos sombríos y vidriosos la tortura de sus remordimientos ?... ¿ No veis aquellos labios trémulos y agitados por movimiento convulsivo, prontos á dejar salir una confesion, que duele ?... O jurados, vuestra conviccion está formada ; teneis delante de vosotros á un mónstruo, á un malvado, de quien es preciso preservar á la sociedad. Y despues de algunos momentos de expectacion y congoja, en medio del mas profundo silencio el juez pronuncia una sentencia de muerte. El infeliz sentenciado se desvanece, sucumbe á su propio peso y medio muerto es trasladado á la cárcel, en donde ha de ejecutarse el castigo. Háse visto á veces á algunos de esos desventurados morir de vergüenza y terror, al oír pronunciar su sentencia. Sí, aun los mismos juicios humanos ofrecen un espectáculo terrible ; y jamás se asiste á ellos, sin que los espectadores se retiren con el ánimo embargado de profunda y saludable emocion.

Sin embargo, hermanos míos, ¿ qué tiene que ver ese espectáculo y todo ese aparato majestuoso y terrible, de que se rodea la justicia humana, si se compara con las terribles circunstancias del juicio final ?... No me detendré en presentaros las horribles señales, que han de precederle : la luz del sol, de la luna y de



las estrellas tomando un color de sangre, para apagarse luego; el mar y las olas lanzando los mónstruos, que encierran sus abismos; la tierra desquiciándose en sus mismos cimientos; los relámpagos hendiendo los aires con siniestros fulgores; los estampidos del trueno retumbando hasta en las mas hondas profundidades, los hombres pálidos, consternados, secándose de miedo, como dice nuestro Evangelio... Pero no; trasportémonos en espíritu á ese formidable juicio. Las bóvedas sepulcrales, los mausoleos y los cementerios han devuelto sus esqueletos, y las almas han venido á tomar de nuevo sus cuerpos, á la manera que los segadores vuelven por la tarde á ponerse los vestidos, que dejáran al comenzar su trabajo. Con la rapidez del rayo el soplo de Dios ha trasportado á todos los hombres resucitados al valle de Josafat; y envueltos en la inmensa turba de todas las naciones, estaremos tambien allí nosotros, hermanos míos, congregados y apretados como las espigas en tiempo de la cosecha. De repente aparece en los aires una nube luminosa. ¡Qué brillantes cortejos de ángeles y espíritus celestes descienden de lo alto de esos esplendores!... Son los asesores del soberano Juez. En medio de ellos viene el Hijo del Hombre, rodeado de gloria; los cielos se inclinan ante su majestad. Delante de Él va la cruz, signo sagrado de nuestra redencion, cetro augusto de su dignidad real. Á su vista los muertos congregados tiemblan como las olas de la mar agitada...

Y ahora hé aquí, o hombres, á vuestro Juez; responded, dad cuenta de los crímenes cometidos, de las gracias recibidas, de las buenas inspiraciones, que habeis despreciado, de las virtudes, que habeis descuidado. Nada, nada será olvidado. Así como en un instante el sol alumbrá con sus rayos todo un vasto horizonte y su luz traspasa el cristal, así la presencia del Juez supremo iluminará en un punto todas las conciencias y hará transparentes sus mas recónditos pliegues. Ningun pecado secreto quedará por descubrirse; ningun vicio, por vergonzoso que sea, dejará de publicarse. Ah! hermanos míos, qué momento tan terrible!... Ay! con la mano puesta sobre el corazon preguntémonos bien á nosotros

mismos lo que el Juez hallará en el fondo de nuestras conciencias, y lo que podrán entonces leer en ellas los demás... En vano nosotros, infelices pecadores, clamaremos: Montañas aplastadnos, colinas, caed sobre nosotros<sup>1</sup>; en vano maldeciremos el día de nuestro nacimiento. Ah! allí la vergüenza y el miedo no causarán la muerte... Así que, será forzoso oír la sentencia; y qué sentencia! O Justos, volviéndose hacia vosotros con un rostro lleno de dulzura, os dirá el Hijo del hombre: « Venid benditos de mi Padre »; y arrebatados en carro triunfal de luz, iréis en medio de armoniosos conciertos á gozar en el paraíso de la inefable dicha, preparada para vosotros y los ángeles. Pero, qué será, hermanos míos, de nosotros, pobres pecadores?... Lanzando sobre nosotros una mirada severa, el soberano Juez pronunciará esta terrible sentencia: « Id, malditos, id al fuego eterno. » Y al instante se ejecutará esta sentencia; de modo que al punto mismo se abrirá el infierno, cual inmenso abismo, para tragarse sus miserables víctimas; despues, cerrándose de nuevo, todo habrá concluido por toda una eternidad!...

*Segunda parte.* Así es, hermanos míos, que, como os decía al comenzar, la Iglesia nos invita hoy á considerar bien este juicio, á fin de que trabajemos por evitar la terrible sentencia. Nada de mas á propósito que esta consideracion de la última venida del Salvador, para determinarnos á prepararnos bien para su primer advenimiento en el pesebre de Belén. La mejor disposicion, que podemos presentarle, es el arrepentimiento y la fuga del pecado; pues bien, nada hay tan útil y saludable, que pueda excitarnos con mas eficacia á detestar nuestras faltas y á evitar el pecado, como la memoria del juicio final.

S. Cesáreo, predicando sobre este mismo Evangelio, decía á sus oyentes: « Os ruego y os conjuro, hermanos carísimos, á que oigais esta verdad con la mayor atencion y á que la graveis en vuestra memoria y en vuestros corazones. El que reflexiona bien sobre esta enseñanza del Evangelio, aunque no comprenda las

1. Luc. xxiii, 39.



demás verdades de la Escritura, conoce lo que es esencial, lo que puede bastarle, porque nada hay mas eficaz, que el recuerdo del juicio final, para movernos á evitar el mal y practicar el bien<sup>1</sup>. »

En efecto, quién podrá contar las almas, que esta poderosa consideracion del juicio final ha arrancado al yugo de las pasiones y conducido al mas alto grado de perfeccion! « A vos la alabanza, á vos la gloria, ó Dios, manantial de las misericordias, exclamaba S. Agustin, despues de su conversion; cuanto más desdichado era, tanto mas misericordioso os mostrabais conmigo. Vos tendíais insensiblemente la mano, que debía sacarme del cieno y purificarme; y yo lo ignoraba. La sola cosa que me llamaba del fondo del abismo, en que las pasiones habíanme precipitado, era el temor de la muerte y del juicio final<sup>2</sup>. »

Tengamos siempre ante los ojos el día del juicio, no lo olvidemos jamás, y nos será fácil practicar la virtud y huir el pecado. Por fuertes que sean las tentaciones, es fácil vencerlas, cuando reflexiona uno sobre el terrible juicio que nos aguarda. Sin duda alguna las lecciones que da la fé, las obligaciones que la religion impone son penosas para la naturaleza corrompida. Áspero y difícil es el camino, que el Salvador nos traza, camino que comienza en la pobreza del establo para terminar en las torturas del Calvario. Duro suena á nuestros oidos este lenguaje: « Renunciad á vosotros mismos, tomad vuestra cruz y seguidme »: pero, ¡cuánto más duro aun será escuchar un día estas palabras: « Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno<sup>3</sup>! »

Dícese, que á través de las altas montañas de los Alpes y Pirineos están practicadas y serpentean carreteras al borde de precipicios, cuya profundidad no pueden medir los ojos. El mas pequeño accidente, el menor paso dado en falso puede ser mortal. Qué hacen los conductores y cocheros para precaver sus carruajes de toda caída funesta? Por ancho que sea el camino, procuran

1. S. Cesareo de Arles, hom. xxxv.

2. *Confessiones*, lib. VI, cap. xvi.

3. *Imitac.*, lib. II, cap. iv.

guiar cuidadosamente los animales, que forman el tiro, por el lado mas próximo al abismo, á fin de que, no apartando de él la vista los animales espantados, sean éstos por el solo instinto de su conservacion preservados de todo arrebato. Y de hecho los viajeros, que han recorrido esos caminos peligrosos, dicen que nunca han sido testigos de accidente alguno.

Pués bien, hermanos míos, ¿ es que la consideración del juicio universal no debe producir algo parecido en nuestras almas? El camino, que tenemos que recorrer sobre la tierra, está igualmente rodeado de riesgos y precipios: tengamos, pues, siempre fijos nuestros ojos sobre este abismo del infierno, que costeamos, sobre este día del juicio tan terrible y formidable, y evitaremos de este modo las caídas y tropiezos. Dirémonos á nosotros mismos: el abismo está demasiado cerca, el peligro es demasiado grande, para exponeme á caer en él... Cuando la avaricia quiera sugerirnos algunas de estas injusticias secretas, que escapan fácilmente á las leyes humanas, usuras disimuladas, abusos de depósitos, usurpaciones del bien ajeno, fraudes en el comercio, faltas de delicadeza en nuestras relaciones, sea con nuestros principales ó criados, dirémonos: Todo esto será conocido, descubierto y castigado en el juicio final... Si el orgullo excita en nosotros pensamientos de odio ó envidia contra el prójimo, ciertos actos que puedan dañar á sus intereses, y este disimulo tan comun, con que se finge amar á aquellos que se detesta, sabremos que todas esas pasiones viles, que esta hipocresía solapada serán un día desenmascaradas á presencia del mundo entero. Si la sensualidad viene á atacarnos, sabremos responderla que en el día del juicio todos los actos los más secretos serán publicados, y que todos los pensamientos, hasta los más ocultos, serán revelados...

Sobresaltados quedaban los santos con el pensamiento del juicio. S. Jerónimo nos relata que todo su cuerpo temblaba, cuando se representaba este terrible día en que la trompeta del ángel clamará: « Levantaos, muertos, venid á juicio<sup>1</sup>. » --

1. *Surius, in vita ejus*, 30 de Octubre.



«Tiemblo, decía S. Bernardo, al pensar en el infierno; tiemblo al pensar en el juicio, en ese rostro del Juez, cuya terrible majestad hará temblar á los ángeles mismos. Oh! quién dará á mis ojos una fuente de lágrimas, para que con mi llanto en la tierra me libre del de este solemne día! <sup>1</sup>. Qué dignos somos de lástima, hermanos míos, si este terrible día del juicio final, cuya expectación asustaba á los santos, no produce efecto alguno en vuestras almas!... Qué! un san Jerónimo, despues de muchos años pasados en la más austera penitencia, se consumía de pavor, al pensar en este terrible día!... Qué! un san Bernardo, cuya vida entera habíase pasado en la soledad ó en empresas útiles á la gloria de Dios, prorumpía en sollozos, al recuerdo de este formidable juicio! Y nosotros ¡ no pensamos en éllo ni temblamos! Y esta consideracion, que nos debería ser tan útil y saludable, puede apenas conmovernos!...

PERORACIÓN. Pero, qué somos nosotros? qué hemos hecho? ¿Dónde están las virtudes, las buenas obras, que pueden producir en nosotros esta ilusion é inspirarnos esta peligrosa seguridad?... Ah! pobres pecadores, ¿qué podremos responder nosotros, si los mismos justos son presa de temor? *Quid sum miser tunc dicturus, etc.* O Jesus, temblorosos en presencia de vuestra soberana majestad, reconocemos que no hemos hecho nada que pueda servirnos de mérito para nuestra salvacion; que si somos salvos, lo deberémos únicamente á vuestra misericordia: *Rex tremendæ majestatis, etc.* Pero, oh dulce Salvador, acordaos que por nosotros habéis descendido de los cielos, que por nosotros habéis nacido y habeis querido morir sobre la cruz, no nos rechazéis en este terrible día del juicio: *Recordare, Jesu pie, etc.* O Buen pastor, vos os habéis cansado buscando con incesante solicitud la oveja extraviada, por élla habéis dado vuestra vida; ¡ qué tanto trabajos no sean estériles! *Tantus labor non sit cassus!* Dignaos absolvernos, ántes que llegue ese terrible día de vuestra justicia. ¡Perdon! oh Dios de clemencia; sí, somos culpables, hemos

1. *Serm. X, in cantic.*

merecido vuestros castigos. Apenas osamos levantar los ojos hácia vos, con suplicante voz y con el corazon quebrantado por el dolor imploramos vuestra misericordia; no rechazéis nuestros ruegos... O Salvador lleno de bondad, al acoger el arrepentimiento de la Magdalena, al oír favorablemente el ruego del buen ladrón, nos habéis permitido tener esperanza en vuestra misericordia: *Mihi quoque spem dedisti.* Nuestros ruegos no son dignos de elevarse hácia vos; pero, por vuestros infinitos méritos, suplido lo que les falte. Jesús, ¡ oh misericordioso Jesús! sednos propicio en el día del juicio; dignaos colocarnos á vuestra derecha con los elegidos, para que podamos, como ellos, alabaros, bendeciros y cantar vuestras misericordias durante la eternidad... Así sea.

### PLAN DETALLADO.

DE UNA SEGUNDA HOMILIA PARA EL PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO.

#### Diferencias entre el primero y el último advenimiento de Nuestro Salvador Jesucristo.

TEXTO. *Levate capita vestra, quoniam appropinquat, etc.* (Luc XXI).

EXORDIO. Relato del Evangelio... En el día de hoy nos propone la Iglesia las dos cosas mas propias para impresionar santamente nuestros corazones, el amor y el temor. El amor, invitándonos á prepararnos al nacimiento del Salvador, á su primer advenimiento; el temor, al mostrarnos en el Evangelio del día de hoy los rigores del juicio final. Parece decirnos: *Venite, filii, audite me: timorem Domini docebo vos* (Ps. xxxiii). Hé aquí Aquel que debéis acatar, como vuestro dueño y juez.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Vamos á examinar las diferencias que distinguen esos dos advenimientos, á fin de que podamos conciliarlos como Salvador á Aquel, que un día será nuestro Juez.



Estos dos advenimientos se diferencian: *primero*, por sus señales; *segundo*, por el aparato que rodea al juez, *tercero*, por la sentencia.

*Primera parte.* Señales... Señales terribles acompañarán el último advenimiento: el sol se eclipsará, la luna se apagará. Turbación, confusión, espanto en los hombres; la trompeta del ángel llamando á los muertos á juicio: *Erunt signa magna in sole et luna*, etc... Ah! cuán diferentes son las señales del primer advenimiento! Escuchád ahora al ángel, dirigiéndose á los pastores y anunciándoles este primer advenimiento: *Ecce annuntio vobis gaudium magnum... Hodie Salvator natus est vobis...* Pero, oh espíritus celestes!, decidnos las señales que le distinguen, y cómo podremos reconocerle. *Ecce vobis signum, invenietis puerum*, etc. Encontraréis á un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre, etc...

*Segunda parte.* Hé aquí, hermanos míos, no solo la señal que anuncia el primer advenimiento, sino también la pompa, con que Jesús se muestra en el día de su nacimiento. Penetrad en el pobre establo de Belén, ved ese pesebre en que hay apenas unas cuantas pajas, contemplad á ese amable Niño que os mira, que os sonríe, que ostiende sus brazos... ¡Es Él mismo!... Transportémonos en seguida al último advenimiento. Oh! qué diferencia: *Tunc apparebit Filius Hominis*, etc... En vez de paja, una luminosa nube le rodea; no es ya un niño, es el supremo Juez de los vivos y muertos, que desciende lleno de majestad y rodeado de todas las insignias de su poder, etc...

*Tercera parte.* Pero, ¡qué diferencia también en la sentencia, en el juicio, que va á pronunciar! Allí están ante Él todos los hombres, pálidos, temblorosos, espantados. Después de haber sonreído á los justos y pronunciado en su favor una sentencia de bendición, ¿véis cómo mira á los pecadores? Oh Dios mío! su sola mirada los aterra. Y ¿qué efecto va á producir en ellos esta sentencia: « Id, malditos, al fuego eterno, etc. ? » Y, sin embargo, oh supremo Juez, sois en verdad el mismo, que dentro de poco contemplaremos en Belén. Con cuánta más misericordia juzga-

réis ahora! No diréis á Herodes, aun cuando os persiga: « Véte, maldito, etc. » No diréis tampoco á vuestros enemigos y perseguidores: « Id, malditos... » Pero, oh Dios de clemencia, vuestro último advenimiento será tanto más terrible, cuanto en el primero habéis sido un Juez indulgente, un Dios lleno de misericordia!...

PERORACION. O hermanos míos, en estos días llenos de bondad y de amor, en estos días en que la misericordia nos invita á prosternarnos ante el Niño de Belén, *levate capita vestra*, levantemos nuestras cabezas, ó más bien, elevemos nuestros corazones al cielo; y llenémonos de una dulce confianza, « pues se aproxima el día de nuestra redención ». Hagamos todo lo que nos sea posible, para evitar que en nuestro Salvador encontremos ese Juez terrible, que nos representa el juicio final. Que sea para nosotros, por el contrario, hoy, mañana, toda nuestra vida, y sobre todo en aquel terrible día, un juez lleno de bondad; y merezcamos oír de su boca esta sentencia: « Venid, benditos de mi Padre, etc. »

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

(MAT., XI. 3-10.)

### Expectación del Salvador, efectos que debe producir su nacimiento en los corazones bien preparados.

TEXTO. *Tu es qui venturus es, an alium expectamus?* Eres tú él que ha de venir; ó hemos de esperar á otro?

EXORDIO. Hermanos míos, leemos en el Evangelio del día de hoy, que san Juan, habiendo oído en la cárcel las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos á decirle: « Eres tú él que ha de venir, ó hemos de esperar á otro?... » Y Jesús les respondió, id y decid á Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos